

El impacto de la infodemia en la gestión de políticas públicas contra el COVID-19

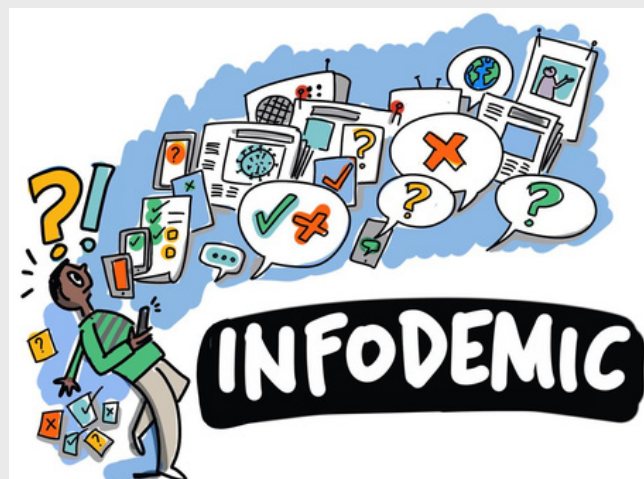


Foto: ONU

por Nirvana Artieda

Estudiante de la Carrera de
Comunicación Social de la Universidad
Católica Boliviana

Con el objetivo de promover el análisis político basado en evidencia, la iniciativa #EnDemocracia realizó el conversatorio "Desinformación y pandemia. ¿Qué efectos tiene la infodemia en la elaboración de políticas públicas?" Entre los temas que se abordaron en este espacio figuran los niveles de desinformación que fluyen en redes sociales, las fuentes más consultadas en el país durante la pandemia y la influencia que tuvo la creciente difusión de contenido falso en el comportamiento colectivo en torno a la crisis sanitaria provocada por el COVID-19. En ese sentido, este artículo se enfoca en exponer el impacto de la *infodemia* en la

gestión de políticas públicas como estrategia de contención del COVID-19 en nuestro país.

En la actualidad, las redes sociales figuran como espacios libres -carentes de organización jerárquica y extrínseca del control de gobiernos y corporaciones-, que sirven como herramientas para impulsar la movilización social por medio de la creación, difusión y viralización de mensajes diversos frente a las diferentes problemáticas locales que surgen de la realidad, o bien, del espacio virtual.

De este modo, los individuos adquieren la posibilidad de participar de un espacio autónomo y se convierten en actores políticos a partir de la construcción de la opinión pública y la libertad de expresión (Castells en Ponce, 2020).

En la era tecnológica, el principal recurso de dominación y manipulación es la información, pues se trata de un recurso clave para que los países “desarrollados” (los mismos que gestionan estos espacios) pongan sus intereses por encima de aquellos que consideran “en desarrollo”. La pandemia del COVID-19 es la primera de la historia que sucede en medio del desarrollo de TICs que viabilizan esta difusión masiva, eficiente, y constante de mensajes. Los procesos de socialización se trasladaron con rapidez a los espacios virtuales y, por lo mismo, cada vez más la sociedad se divide en grupos en función a sus creencias e intereses y a causa de su exposición al flujo constante, creciente y personalizado de un cúmulo de contenidos informativos que pueden ser verdaderos o falsos y que amenazan la capacidad de los países para frenar la pandemia. La OMS ha denominado a este fenómeno como *infodemia*.

En el conversatorio se presentaron datos respecto a las fuentes de información que suelen consultar los/as bolivianos/as para obtener información sobre la pandemia: páginas de internet de canales de televisión, periódicos y radios digitales. Sin embargo, la preferencia por estos medios tradicionales (aunque electrónicos) es mucho menor a la que se tiene por las redes sociales, más específicamente Facebook y WhatsApp (Posetti & Matthews, 2018).





Foto: ONU

El fenómeno contemporáneo y global de la infodemia (desinformación en pandemia) se intensificó gracias a este crecimiento progresivo de la demanda y consumo informativo sobre los síntomas, tratamientos y consecuencias del brote del COVID-19. En este contexto, los mensajes que resultan de la cobertura de noticias y las redes sociales digitales sobre los distintos eventos relativos a la crisis sanitaria generan una especie de incertidumbre que motiva a los individuos a actuar colectivamente.

Todos recordamos la compra desenfrenada de víveres y papel higiénico cuando apenas comenzó la pandemia; este fenómeno fue, en gran parte, consecuencia de la cobertura periodística y la difusión en redes pues, a la mínima sensación de riesgo o amenaza de pérdida de la comodidad, el individuo reacciona, corre al supermercado y advierte a sus familiares y amigos sobre la escasez que se avecina (BBC, 2020). Este comportamiento se replicó en las temporadas de vacunación. En los datos que se presentaron durante la discusión pudimos ver cómo la cantidad de vacunas administradas aumentó considerablemente después de la cobertura del anuncio sobre la obligatoriedad del carnet o prueba PCR negativa para realizar diferentes actividades de la vida cotidiana. Sin embargo, después de este pico en vacunación (y luego del anuncio de que dicha medida sería retirada), los índices de vacunación cayeron y nuevamente se registraron niveles similares a los que figuraban antes del anuncio de esta medida (Posetti & Matthews, 2018).



Foto: ONU

Aunque los niveles de desinformación que fluyen en redes llegan apenas al 65% de la población (Op. Cit.), su impacto en la conducta colectiva puede observarse a partir de los fenómenos que se han manifestado (sobre todo en el área urbana), como la compra desenfrenada de víveres y papel higiénico durante el primer brote, el repentino consumo de dióxido de cloro para combatir el virus (y su protagonismo en el debate tanto médico como popular), la aparición de discursos anti-vacunas basados en efectos secundarios no comprobados (y el consecuente descenso de los niveles de vacunación), entre otros.

Esto inhabilita de un modo particular las estrategias de los gobiernos en términos de política pública de enfrentar el virus, pues todo intento por contener la pandemia depende necesariamente de las decisiones (y comportamientos) tanto individuales como colectivos.

La situación se complica cuando los individuos deben actuar frente a un contexto de difusión informativa abundante, contradictoria e incesante que les causa incertidumbre y los lleva a responder de forma impulsiva ante los sucesos que creen que acontecen a su alrededor y que amenazan su salud o su comodidad.

En síntesis, de los niveles de desinformación y las conductas descritas surgen dos consecuencias directas: la politización de la salud pública y, como resultado final, la pérdida de numerosas vidas que atendieron y obedecieron a los discursos y alternativas (no verificadas) que fueron libremente expuestas en redes sociales. Sin embargo, existen formas de combatir el fenómeno de la infodemia como las diferentes iniciativas de fact-checking, o bien el desarrollo de una cobertura más cuidadosa, responsable y ética por parte de los medios de comunicación tradicionales.

Referencias:

Ponce Silva, M. N. (2020). ¿El ciberactivismo en un solo "clic"? Ilustración del uso de las redes sociales digitales para la acción colectiva. *Journal De Comunicación Social*, 10 (10), 49-85.

Posetti, J. & Matthews, A. (2018). A short guide to the history of 'fake news' and disinformation. *International Center for Journalists*, 7, 1-19.